

HOMBRE, NATURALEZA, SOCIEDAD

I

LOS SENTIDOS

Abre los ojos. Como en el juego infantil podemos decir: “Veo, veo; ¿qué ves?”: una mesa, una silla, un reloj de pared, etc. Te cubres los ojos con las manos. Ya no ves nada. Te hacen falta los ojos para ver. Ahora bien, en una noche oscura tampoco ves nada. ¡Bendita la luna! Si quieres ver necesitas la luz y los ojos, pero unos ojos que funcionen vienen. Los ciegos carecen de vista.

Escuchas el sonido del reloj en la pared: “tic-tac, tic-tac”. Te cubres los oídos. Ya no oyes nada. Te hace falta el oído para escuchar, pero un oído que funcione bien. Los sordos no oyen nada.

Hueles el aroma de las flores en el campo. Si te tapas la nariz pierdes el olfato. Ya no distingues entre el azahar y el excremento de una vaca.

Toma una tela de seda, acaricia la piel de un niño. Su tacto es suave. Pero si te pones unos guantes gruesos ya no percibes la suavidad ni tampoco la aspereza.

El enfermo suele tomar medicinas amargas endulzadas, camufladas con un buen sabor azucarado. Sin embargo, aquí solamente se trata de engañar a la lengua. ¿Y por qué es tan poco frecuente perder el sabor? La naturaleza es una buena nodriza. Si tomamos un alimento en mal estado el sabor nos anuncia del peligro. Escupimos el intruso dañino. Y así como algunas máquinas tienen un doble mecanismo de seguridad, por si falla el primero, también el gusto se

refuerza con el olfato, y a veces también con la vista. La comida podrida huele mal, sabe mal, salta a la vista su putrefacción. No es una casualidad que la nariz se encuentre sobre la boca igual que un centinela anticipando el peligro. ¿Cabe mejor ángel custodio?

Así pues, tenemos cinco sentidos: vista, oído, gusto, olfato y tacto. Éstos nos ponen en contacto con la realidad externa. Ahora bien, el ciego y el sordo tienen amputada una parte del mundo. Sus carencias son un muñón en su horizonte vital. ¿Pero si en lugar de cuatro o cinco sentidos tuviésemos seis, siete, ocho o nueve? Sin duda conoceríamos unas porciones de realidad desconocidas, un mundo que se nos escapa igual que los peces pequeños a través de redes grandes. Algo de esta posibilidad entrevemos cuando hablamos de un “sexto sentido”, una cierta intuición que nos lleva más allá de lo que podemos percibir. Ésta es la *terra incognita* en la que se mueven los místicos y sus parásitos, los charlatanes con bola de cristal.

El lenguaje ha creado las palabras “ciego” y “sordo”, pero no existen términos negativos para los demás sentidos. Esta observación nos revela que ambas potencias son las ganadoras en el baile de las sensaciones. Hablar de una persona “insulsa”, “desaborida” o de “mal gusto” son únicamente metáforas.

Nuestros cinco sentidos no solamente nos ponen en contacto con la realidad externa sino que también nos protegen de sus amenazas. Los sentidos forman un sistema de alarma concéntrico de diversa extensión. La vista tiene el radio más amplio. En el castillo, sobre la cima de una alta loma, podemos ver en la lejanía las huestes enemigas. A medida que se acercan escuchamos el ruido de los cascos de los caballos, el griterío de los soldados. Claro es que, a falta de la vista, espeso el bosque, el oído toma la primacía. El castillo arde. El humo huele, nos indica el fuego y el calor de las llamas próximas se hace sentir en la piel. A través de los sentidos sabemos que “hay algo ahí fuera”. ¿Y si no hubiera nada, si el árbol, la piedra o la nube no fuesen otra cosa sino fantasías de nuestro cerebro? ¿Y los demás hombres, esos que pueden darnos un puntapié en el trasero para convencernos de que ellos existen, son también unos fantasmas de nuestra imaginación? Hasta ese atrevimiento extremo alcanzan los llamados “idealistas”.

Ahora bien, no debemos rechazar una teoría sin abrirle las entretelas. Cuando yo sólo sea mineral, polvo humano, yo desaparezco para el mundo, pero el mundo también desaparece para mí. Los dinosaurios se extinguieron, como puede extinguirse el lince o cualquier especie animal. Y el hombre. Sin embargo, el bípedo implume, como las vírgenes vestales, ¿mantiene con vida el universo a través de sus percepciones? La respuesta “realista” sería que si la raza humana desaparece seguirían existiendo los conejos, las comadreja, las pulgas y toda la naturaleza o bicho viviente. Y si ser es percibir unas sensaciones externas. ¿quién las percibe si no existe nadie?

II

EL MUNDO

Hemos dicho que los sentidos, a través de las sensaciones, nos ponen en relación con el mundo. Sin embargo, el conocimiento que nos proporcionan tales sentidos es diferente. Si veo unas rocas desprendidas de una montaña y caídas al azar deduzco que no ha intervenido la mano del hombre, a menos que sea el resultado posterior de la dinamita. Pero si esas mismas rocas se encuentran dispuestas en círculo o bien alineadas me digo: “aquí hay la huella de una civilización”. De manera que el hombre al venir al mundo se encuentra con ciertas cosas que ya existían y otras que él mismo ha creado transformando aquellas. El hombre es un *homo faber*, un animal que fabrica y esto es tan fabuloso como las fábulas que hacen hablar a los animales sin habla. Aquello que es sólo naturaleza no es cultura.

Cuando el hombre observa la naturaleza lo primero que advierte es el orden y la regularidad. El primitivo siente terror en el ocaso, le angustia la caída del sol. ¿Volverá la aurora? La noche es peligrosa, asaltan cien peligros: una serpiente venenosa, una fiera provista de colmillos asesinos, un barranco profundo, etc. La noche es la inseguridad. Si el primitivo es un fugitivo que huye al refugio de una cueva no es solamente para buscar abrigo de las inclemencias del tiempo sino también para perder el temor a la “muerte de la luz”. La caverna es el vientre protector de la madre. El fuego, hogar de la caverna, su foco, da calor, pero también lumbre.

El amanecer devuelve la confianza al hombre primitivo. Y, como tras la noche, aparece el sol sin faltar a la cita cotidiana, el hombre deja de tener miedo. Pero esa confianza se funda únicamente en la inducción. Cabría recordar aquí la historia del pavo inductista. Como cada mañana el granjero le traía comida pensó

que ello sería así durante toda su vida. Pero, ya bien gordo, llegó el día de Acción de Gracias y ... De la misma manera, nosotros sabemos que el sol tiene millones de días contados antes de apagarse, algo que no nos impide divertirnos, pues largo me lo fiáis. Al ciclo día-noche, sigue la muerte de las hojas en otoño y su renacer en primavera, el deshielo del verano y las nevadas del invierno. Nacer y morir. Todo parece previsible, menos la voluntad de unos seres misteriosos a los que se llamarán dioses. Una veces coléricos, otras benévolos.

Los sentidos nos ponían en contacto con la realidad, cierto. Pero ¿podemos estar seguros de que los sentidos no nos engañan? ¿Es la realidad tal y como la percibimos? El hombre actual sabe que el palo no se dobla al introducirlo en el agua; tampoco el sol sale por oriente y se mueve hacia occidente. Y la luna no se transforma en un yelmo hasta desaparecer en una de sus fases. Ese ciclo de la luna nos proporciona un ejemplo histórico del paso del mito al logos, del pensar supersticioso al pensamiento lógico. En un puerto unos marineros griegos se niegan a salir en la noche porque han visto un eclipse de luna, Mal presagio. Entonces el capitán, educado en la filosofía, toma el manto de un marino echando éste sobre su cabeza: “¿Veis? Un astro ha cubierto a otro, eso es todo”.

Y los primeros filósofos – la filosofía era entonces ciencia – se pusieron con sus ojos a observar perplejos el firmamento. El hombre actual sabe que esas estrellas luminosas, esas luces que parpadeando emiten guiños, son más grandes, mucho más grandes, que nuestro sol. Sin embargo, su lejanía las hace ver más pequeñas. De la misma manera un automóvil distante parece de menor tamaño que una bicicleta cercana. Esa perspectiva visual será el gran descubrimiento de los pintores renacentistas frente a la visión plana del hombre medieval.

Las estrellas, como la luna, han sido siempre una fuente del arte y la poesía. Pero el hombre siente la necesidad de juntar esos zafiros dispersos en la noche. Las constelaciones son dibujos que nos complacemos en trazar sobre la pizarra. Podemos trazar imágenes uniendo puntos porque nuestras fantasías las crea en su mente. La constelación de Toro no es dicho animal debido a que exista alguna ley misteriosa que así lo haya dispuesto. De hecho a la Osa mayor se le llamó Carro en Mesopotamia.

Si el movimiento de nuestra cabeza no fuese un semicírculo sino una línea recta no veríamos curvo el firmamento ni tampoco el horizonte. Es la rotación simultánea del cuello y de los ojos la que nos produce la sensación de vivir en una esfera, ésa misma que el cardenal Cusano atraviesa con su cabeza. O dicho de otro modo: la vista hace el horizonte. Y es por ello que en nuestros relojes esféricos se reproduce el descubrimiento de los astrónomos antiguos y el sol, mediodía, se sitúa en la posición conocida. El carácter regular del sol, de la luna y de las estaciones que se suceden, enseña al hombre a medir el tiempo. Desde la antigüedad existen calendarios lunares. Sin embargo, ese tiempo que miden los astros es un tiempo exterior, mecánico, no es el tiempo de la vida humana. Sabemos que el tiempo se nos hace corto, largo, que pasan volando los días o bien monótonos con un paso de tortuga. Ese pasar el tiempo físico por nuestra vida personal depende de la densidad de acontecimientos de nuestras vivencias. “Ha vivido mucho”, decimos, aunque la persona no haya alcanzado la vejez. A lo largo de la historia la serie de sucesos que le pasan al hombre, su densidad, es mínima. Desde su aparición en la tierra hasta la primeras civilizaciones han transcurrido miles de años. Y el ascenso, la elevación de la historia, la altura de los tiempos, ha sido casi constante, pero en los tres últimos siglos se ha producido una parábola impresionante. Los tiempos se han acelerado, dan vértigo y el futuro nos infunde esperanzas, si creemos en un progreso continuo, o bien temor, pues la incertidumbre, la inseguridad, aquello que no está bien atado, origina siempre desasosiego. El futuro espera paciente sus respuestas con el anzuelo de pesca de la interrogación.

Y ahora viene la enorme paradoja de esta aceleración de los tiempos: lo nuevo es lo que antes se queda viejo. Apenas creado ya es antiguo. El joven actual ha realizado antes de llegar a los treinta años más experiencias vitales que la generación anterior. Sin embargo, ese joven viejo es un joven que se niega a envejecer, un joven que aspira a ser eternamente joven.

III

LENGUAJE Y SOCIEDAD

El hombre vive con un pie en la naturaleza y el otro en la sociedad. Habita en ambos mundos. Como animal se caracteriza por ser un “bípedo implume”, cosa singular, si bien sus necesidades básicas son las mismas que las del resto de sus compañeros zoológicos. Ahora bien, un niño abandonado desde la cuna no es un hombre: tiene sed, frío, hambre, etc. Como el tigre o el mono. ¿Qué le falta? Pues esa cosa tan maravillosa y olvidada como es el lenguaje. Hablamos sin darnos cuenta de que ese milagro nos eleva a la enésima potencia biológica. Si reunimos en una sala a franceses, alemanes, ingleses y chinos, sin tener una lengua común, la necesidad de comunicación les empujará a realizar gestos para comunicarse aunque sea de una forma rudimentaria. Esos gestos, sean cuales sean, deben ser naturales, pues si no lo fuesen sería imposible reconocerlos. Pero con un lenguaje gestual no podemos tener sino un repertorio demasiado limitado de ideas. ¿Cómo traspasa el hombre esa frontera de las manos? Sencillamente domesticando el aire para hacerle decir cosas como “buenos días”, “es usted un majadero” o “gracias por estar leyendo esta página”. El hombre es escultor de la palabra. De manera que el sonido de la naturaleza debe convertirse en moneda de intercambio para el comercio de los pensamientos. O dicho de otro modo: el lenguaje es el gozne que une el orden de la naturaleza con el orden del espíritu. Veamos cómo esto se produce:

Un fenómeno de la atmósfera como el “trueno”, a causa de su ruido, origina el verbo “tronar” y también el vocablo “trонера”, la hendidura de un barco a través de la cual se dispara un cañón. Esas voces que imitan a la naturaleza se llaman onomatopeyas y son las paridoras del lenguaje, las semillas minúsculas de las que brotan el tronco y las espesas ramas del léxico. Nunca los hombres se han

reunido en una caverna para convenir que, de ahora en adelante, el pan se llamará pan y el vino se llamará vino. Pero sucede con estas voces naturales lo mismo que hemos dicho con los gestos naturales. Como éstos, adheridas como están a la naturaleza, no pueden sobrepasarla. Es necesario ahondar las raíces para ensanchar el territorio del lenguaje. En el hombre existe una tendencia innata y ésta es la comparación, matriz de la metáfora. Observemos estas dos imágenes:



¿Qué son? ¿Un río? ¿Un relámpago? Abstracción hecha del color, ¿cuál es el río y cuál el relámpago?

El hombre primitivo contemplaba el cielo, veía las tormentas eléctricas, el rayo dibujarse en la pizarra negra de la noche. Y, al mismo tiempo, seguía el curso de los ríos, distinguía entre la corriente principal y los afluentes que a la derecha y a la izquierda nutrían el mencionado río. La comparación es inevitable: el río es como un relámpago. Curiosamente en latín la voz “flumen” tiene el sentido de “río” y la contracción “fulmen” significa “rayo”, de donde el español “fulgor” y “fulminar”. Tenemos, pues, una coincidencia visual y sonora. Claro está, en lingüística dos puntos no trazan siempre una raya. Y hablando de “rayas”, ¿no es el perfil del relámpago y del río con sus varios afluentes muy semejante a la raíz que brota de la misma fuente. ¿Se “irradian” los vocablos “radical”, raíz, y “rayo”, radium, de un común fondo indoeuropeo? Ni quito ni pongo rey. Digan de esto los que saben.

La etimología, si aspira a ser algo más que cartografía, debe aventurarse en mar abierta dejando las costas seguras. Ciertamente la aventura puede acabar en naufragio o bien en el descubrimiento de un nuevo mundo. Sin embargo, no hay descubrimiento con meras hipótesis y sin aportar mercancías ultramarinas. La etimología es ciencia, no poesía.

La búsqueda del primer vagido de las palabras se enfrenta a un problema insoluble. Los documentos escritos son de ayer y las palabras cuya sombra es la escritura nacen en la noche de los tiempos. Las reconstrucciones realizadas del indoeuropeo son esqueletos a los que faltan demasiados huesos. La única luz tenue que nos puede aclarar algo el parto de los vocablos es la situación vital en la que vienen al mundo. Antes de la metalurgia del hierro o *ferro* no existe la palabra “herramienta” ni las “heridas” causadas por una “fiera”, un animal “feroz”. Ahora bien, la obtención del fierro precisa antes el conocimiento del fuego, un descubrimiento miles de siglos anterior. El fuego, causado por algún *fulmen* o rayo, carboniza la madera y del “hollín” sale la “huella”. Cada palabra nace justo en el momento en que se necesita su uso y viene precedida de otra y seguida por otra. En la cronología del lenguaje no puede ponerse el carro antes que los bueyes. Miles de siglos pasarán, se confundirán los sonidos por su parecido, se producirán asociaciones semánticas, habrá préstamos entre los pueblos, se inventarán

neologismos. El vocabulario se agiganta, las gramáticas enseñan orgullosas sus bíceps. La ciencia etimológica se ve incapaz de desenredar tal maraña extraordinaria. Nunca sabremos cómo el hombre salta desde la mera onomatopeya hasta el signo convencional. De la misma manera desconocemos cuándo el primate adquiere la inteligencia y se le encienden los ojos con una mirada sorprendida que nos quiere decir: “soy, existo”.

Pablo Galindo Arlés
17 de diciembre de 2022